







PRECIOS DE SUSCRIPCION Y DE LOS ANUNCIOS

Table with columns for Suscripción (Subscription), Anuncios (Advertisements), Esquelas de defunción (Funeral notices), and Faltos de suscripción (Missing subscriptions). It lists prices for various terms and locations.

NUMERO SUELTO, 5 CENTIMOS.—NUMERO ATRASADO, 10 IDEM.—PAGO ADELANTADO.—NUMERO SUELTO, 5 CENTIMOS.—NUMERO ATRASADO, 10 IDEM

SERVICIOS PUBLICOS PROVINCIALES

Section containing public services information, including 'CORREOS' (Post), 'FERROCARRIL DEL NORTE' (Northern Railway), 'FERROCARRIL A BILBAO', 'FERROCARRIL CANTÁBRICO', and 'Tren de mercancías' (Freight train).

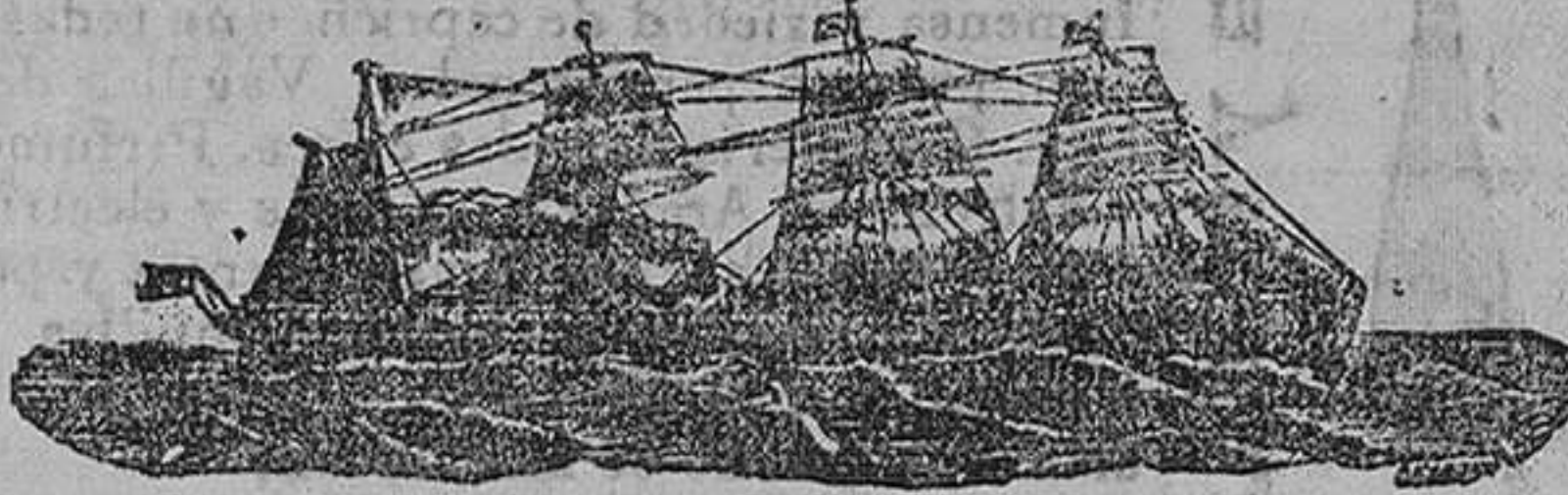
MALES DE ORINA. Cura sin sondar ni operar. Dilatación de los estrecheces. Rotura y espeluzco de los cálculos (piedra) y arenillas. Catarro de la vejiga y de los riñones (cálculos nefríticos), próstata, incontenencia, debilidad, orina turbia con posos blancos o rojos, con sangre, etc. Infalible Sales Koch: 7 pesetas. Van correo. Caliente instantáneo de los dolores y ataques. Consulta diaria, gratis y por correo. Gabinete norteamericano: MONTERA, 33, 1.ª, MADRID. SANTANDER: Droguería de los Sres. Pérez del Molino y Compañía.

SORDOS. Quien lo sea es perquerer: 300 sordos, 300 curas. Contra sordera del Dr. Tompson, de Nueva York. Infalible en todas las sorderas, ruidos, zumbidos, flujos, etc. sin peligro y agradable, 4 pta. caja. Va por correo. Consultas, prospectos gratis y por carta Dr. Herrera, Monterá, 33, Madrid. Para aliviar y curar los males del estómago por crónicos que sean. Discos Herrera, 4 pesetas. Van por correo. Consultas gratis. SANTANDER: Droguería de los Sres. Pérez del Molino y Compañía.

IMPOTENCIA. Pérdidas, Debilidad Genital, Esterilidad Histórico, Nervosismo, Parálisis, Reblanqueamientos. Cura infalible y rápida con el Tónico Koch, sin peligro, 9 pesetas caja. Va por correo. Consultas, prospectos gratis y por carta. Gabinete norteamericano: MONTERA, 33, 1.ª, MADRID. SANTANDER: Droguería de los Sres. Pérez del Molino y Compañía.

VACUNA SUIZA (COW-POX) Farmacia del Doctor Hontañón HERNÁN CORTES, 2

Compagnie Générale Transatlantique VAPORES CORREOS FRANCESES



MAGNÍFICOS VAPORES DE 4.000 TONELADAS VIAJES RAPIDOS DIRECTOS A LA

Habana y Veracruz

Salidas el 22 de cada mes. El 22 de agosto saldrá de Santander el magnífico vapor nombrado WASHINGTON capitán Mr. Servan. Admite carga y pasajeros, para los que tiene espaciosas camaras; á los terceros clase se les da pan fresco y vino todos los días.

LABRADOR capitán Mr. Brillouin. Para más informes, dirigirse á sus consignatarios en Santander, señores E. DE VIAL Y HERMANO, Muelle, 32, teléfono número 85.

EL RABIOSO DOLOR

DE muelas cariadas. pone al hombre desfigurado, triste, meditabundo y, á veces, iracundo. La causa de todos estos males se destruye en un minuto y sin riesgo alguno usando el AIBAF SERDNA (anagrama) de ANDRÉS Y FABIA, farmacéutico premiado de Valencia, por ser el remedio más poderoso é inocente que se conoce hoy y para producir este cambio tan rápido y positivo. Destruye también la fetidez que la carne comunica al aliento.

Preparados oficiales

DE LA Farmacia de M. Diez Solórzano 40, Blanca, 40, Santander

Jarabe de abeto... 1 peseta el frasco. Licor de breva concentrado, frasco 1 y 1/20 pesetas. De éxito creciente en toda clase de catarros, especialmente en los del aparato respiratorio.

VERANO DE 1897. NOTA Y PRECIOS de los selectos artículos de propiedad é importancia exclusiva de la casa ABRAHAM OTERO, San Francisco, num. 1.º. VINOS. Sidras, Licores y Cervezas. Tés-Conservas-Fiambreres-Aperitivos. Galletas (Palmer's)-SOPAS-DULCES de la Habana y del País. NOVEDADES PARA REGALOS. GESTAS surtidas con fiambres, vino y postres. LOTES ECONÓMICOS DE OCASIÓN.

EL VALENCIANO

Puerta la Sierra, 6, esquina á la calle del Peso. GRAN SURTIDO EN TODOS LOS ARTICULOS DE VALENCIANO. Vajillas en blanco, de 104 piezas... Juegos de lavabos, decorados, Sevilla, 5 piezas... Platos blancos, llanos y soperos; Sevilla... Transparentes muy bonitos, colores... Calzado, cristal, cestas y muchísimos más artículos, á precios baratísimos.

ALIVIA. HAMAMELIS DE BRISTOL. Extracto - Ungüento. Para toda clase de Heridas, Torceduras, Granos, etc. ESPECÍFICO PARA REUMATISMO Y ALMORRANAS. TRANQUILIZA. ZARZAPARRILLA DE BRISTOL. CURA TODO VICIO DE LA SANGRE Y HUMORES. EFICAZ.

PÉREZ DEL MOLINO Y COMPAÑÍA. Compañía, 5, y Plaza de las Escuelas. Surtido completo de productos químicos y aparatos para la fotografía: Pocket-Kodak? á 30 pesetas; cámaras de varios sistemas, prensas, tarjetas, paopartús, linternas, estereóscopos, placas Lumier, papel Lumier, al solio, al bromuro y albuminado.

Droguería general Pérez del Molino y Compañía. Compañía, 3 y 5, y Plaza de las Escuelas. Jabones medicinales de breva, sulfuroso ácido félico, glicerina, etc., etc. Gasógenos para hacer agua de Seltz. Tinta china. Tubos al acuarela en estuches de 7, 10 y 12 tubos. Colas para carpinteros y barnices al alcohol, franceses, para cuadros y muebles.

PILDORAS Y JARABE de BLANCARD. con Ioduro de Hierro inalterable. cura la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Esferulosis, etc. Vale por 1 aparato. O. P. Timbre eléctrico.

El revés y el derecho

vez, remediando mi pronunciación alemana; esto era decirme que yo no soy francesa! No lo soy á Dios gracias y me felicito por no haber nacido en un país donde los hijos no saben respetar á sus padres. —Tranquilízalos, tranquilízalos, hermana mía, dijo el rey tomando una de sus manos; Mme. de Chartres es una aturdida, pero su corazón es bueno y yo haré que os dó humildemente sus disculpas. —Públicamente, públicamente, porque la ofensa ha sido pública, repuso la princesa exasperada. Cuando vuestra hija me trató así, había allí personas extrañas. —¿Quién? —En primer lugar el exreceptor de mi hijo el abate Dabois. —Ese no es nadie; ¿quién más? —Después el que venía á hacer la invitación, Mr. de Clermont. El rey no pudo contener un movimiento. —¿El también! No hagáis caso, señora, esas son faltas sin consecuencia, y vos le daréis importancia al pretender que nuestra hija se justificase ante él: esas gentes no deben oírnos más que cuando les hacemos el honor de hablarles. Después añadió otras frases lisonjeras que fueron poco á poco desarmando la cólera de la feroz alemana, y la despidió seguro de haber obtenido una de sus victorias más difíciles de su carrera diplomática. Al verla partir murmuró para sí: —¡Oh! esos Montespaui, con sus malas ca-

bezas... Esa niña me va á dar mucho que sentir. El recuerdo de que tenía otras dos hijas que le indemnizarían de aquellos disgustos, le consoló al punto. Para ganar tiempo y aparecer completamente tranquilo quiso acabar la lectura del parte que dejó interrumpido, y prosiguió así: —... Por su traje de tela y forma extraña ha sido reconocido al punto por monsieur de Clermont. —Oh! siempre Clermont, exclamó impaciente el rey. Este hombre es peor que la peste! y dio un puñetazo sobre la mesa. El ngier creyó que esta era la señal para comenzar la audiencia é introdujo al duque de Borbón, con el que se encontró el rey al volverse como con una terrible aparición. En efecto, el duque de Borbón se asemeja á una de esas evocaciones sombrías de Pablo Veronés ó de Velázquez: cabeza enorme, tez bronceada, espalda torcida, piernas no derechos, los ojos biliosos; la expresión audaz, las maneras rudas... todo le daba un extraño aspecto. Parecía que en aquella naturaleza luchaba el ardimiento de una sangre siempre rebelde, mal contenida en un cuerpo deforme, y sin embargo, su alma era grande, aunque en el mal: un alma que hubiera podido ser la de un rey, si su cuerpo hubiera sido el de un hombre. Sagaz, malicioso, de una intrepidez peligrosa para una persona de rango; temido porque era terrible; odiado porque era brutal y ridículo, tal era el esposo dado por Luis XIV á su segunda hija. A los extraños su aspecto causaba repugnancia; á su familia causaba terror. Difícil es comprender, cómo el rey, tan escrupuloso en todo lo que le concernía, había consentido en cruzar su raza con aquel enano espantoso. Pero el novelista no discute razones de

estado y se limita á decir que el rey, al percibir á su yerno, se puso á sonreírle con más benevolencia, á medida que encontraba más siniestra su expresión. —¿Qué buena fortuna os trae tan de mañana? preguntó el rey. —No es buena, señor, sino mala; me trae mi desesperación, repuso el duque. Vengo á depositar á los pies del rey una queja mucho tiempo comprimida, pero que las circunstancias me hacen obligatoria para mi reposo y mi dignidad. V. M. sabrá perdonarme este pesar: se trata de la señora duquesa de Borbón. —¿De mi hija? —Sí, señor, no se refiere mi queja á ese humor cáustico de que todo el mundo se es lamenta en la corte, porque elige sus víctimas lo mismo entre los extraños que entre su familia; no respeta nada ni á nadie; cosa tan extraña en una princesa nacida tan cerca del trono. —Pero hijo mío, repuso el rey con dulzura, sed indulgente con vuestra esposa como lo soy yo mismo; cierto es que se burla de todo el mundo, que inventa canciones contra mí el primero... esta manía es deplorable, pero no sin remedio. Si la corte misma no celebrara sus dichos y canciones, no se vería puesta siempre en relieve y olvidaría esa afición fatal. El duque, sin desenojarse por estas frases explícitas del rey, prosiguió: —No me quejo sólo de sus canciones; vengo á quejarme de faltas más graves, de faltas que cubren mi frente de rubor al tener que revelárselas á V. M. —¿Me sorprendéis explicaros, señor duque. —Señor, cada día la duquesa muestra mayores defectos; la duquesa de Borbón ama los placeres de la mesa... —Certo, cierto, placeres de anciano ó de niño, no muy poéticos para la juventud, pe-

ro inocentes en el fondo. —Es verdad, señor, pero en la mesa, se bebe... y una mujer, una princesa que se acostumbra al vino... —No abriguéis ese temor, duque. —Perdonad, señor; pero ese ya no es un temor, es una certeza y más de una vez ha debido ser reconvenida la duquesa en esa terreno. El rey que la había reconvenido más de una vez se contentó con afirmarle que un defecto así se corrige siempre, prometiendo una amonestación severa. Pero su yerno no lo había dicho todo. —Las duqueñas de V. M. tienen mucha fuerza, no lo dudó; pero ella sabe evitarlas sin renunciar á su extraño gusto, porque se oculta para satisfacerle. —Si se oculta, ya es un progreso, señor duque. —Por el contrario, señor, una persona que se encierra para asegurarse la libertad, está muy cerca de la licencia. —¿Caballero! —Y la duquesa de Borbón se encierra de tal modo que no me abre su puerta á mí, sin ir más tarde esta noche. —Eso es señal de que os respeta y no quiere presentarse ante vos de un modo indigno de ambos. El duque, palideciendo cada vez más, prosiguió con vehemencia: —Es que la duquesa no tiene el mismo escrupulo para con todo el mudo, porque mientras se encierra para mí, en el pabellón que tiene al extremo del parque, mientras el esposo es excluido de él, otros son más favorecidos. —¿Qué decís, señor duque? —Digo lo que sé, repuso el príncipe trémulo de cólera. —¿Afirmáis que la duquesa de Borbón os ha excluido para recibir á uno?

—Porque le había recibido, señor. Yo afirmo que mis criados han visto salir de su pabellón á una hora inesperada á un hombre, y sostengo que este es un insulto que un hombre como yo no sufre sin vengarse, porque yo amo á mi mujer y sobre todo amo mi honor. Al pronunciar estas palabras, el príncipe estaba lívido, y la violencia que se hacía para conciliar su revelación con el respeto debido al monarca, daban á su rostro una expresión feroz que imponía al mismo rey. —Yo me encargo de vengaros, repuso secamente Luis XIV, siempre que vuestra queja sea justa. Dada las pruebas de ello y decidme el hombre á quien acusáis. —A Mr. de Clermont. El rey hizo un movimiento tan brusco, retrocedió ante aquellas dos sílabas cabalísticas, y sus ojos lanzaron tales rayos de cólera, que el duque permaneció suspendo por el efecto que habían producido sus palabras. —¿Estáis seguro de lo que decís? repuso el monarca; ¡ved que es difícil, casi imposible! —Os lo afirmo, señor; las señas que me han dado no dejan la menor duda: todas convienen, y además llevaba su capote húngaro, harto conocido, y que nadie posee más que él. —Cierto, murmuró el rey apretando sus dientes y repasando con una mirada furtiva el papel que aún tenía en la mano, y describía el traje extranjero de Clermont. Dio algunos pasos para recobrar su sangre fría, y después llamó al ngier. —Ni una palabra más, dijo volviéndose al duque; yo me informaré y obtendréis satisfacción. Adiós, caballero. El duque salió, presentándose el ngier. —Que se prevenga á la señora duquesa de Borbón que la aguardo: introducid al príncipe de Lorena.